

de hacer alguna impresion esta denuncia en el ánimo del Pontífice, quien para evitar que entrase en el sacro colegio un hombre de doctrina mala ó equívoca, encargó á ocho teólogos imparciales examinar con todo rigor las obras de Noris. Obedecieron los teólogos: sus consultas fueron examinadas por la congregacion del santo oficio y por la de los cardenales inquisidores; y no habiéndose encontrado cosa alguna que mereciese la censura, aprobó el Papa la decision de los teólogos y de los cardenales, y nombró á Noris consultor de la inquisicion, lo que jamás hubiera hecho á no estar seguro de su sana doctrina. No obstante esto, no desistieron los enemigos de Noris, y aunque mostraron no querer impugnar directamente el juicio de la suprema inquisicion confirmado por el Papa, digeron que les quedaban algunos escrúpulos sobre la doctrina de aquel autor y publicaron á este fin varios libelos. Escribió entonces Noris, por mandado de Inocencio, cinco disertaciones eruditas, con las que destruyó todos los escrúpulos de sus contrarios; y habiendo recibido entretanto el capelo, fue nombrado por el mismo Papa otro de los cardenales presidentes de la inquisicion.

De esta larga narracion que os acabamos de hacer, venerable hermano, podeis conocer que no es nueva la tacha de bayanismo y jansenismo imputada á las obras de aquel benemérito cardenal, imputacion que ha sido enteramente desvanecida por repetidos y solemnes juicios pronunciados en Roma. No convenia, pues, á la inquisicion de España suscitarla de nuevo, y mucho menos convenia anumerar las citadas obras en el catálogo

de libros prohibidos. Son justísimos los clamores del órden agustiniano contra tal censura; y Nos, obligados á seguir las máximas de nuestros predecesores, no podiamos tolerar con paciencia la injuria hecha al mencionado cardenal. Bien sabeis, carísimo hermano, que os amamos con todo nuestro corazon; nos es conocido vuestro gran saber y sana doctrina, y no ignoramos lo que habeis trabajado por la Iglesia de Dios. En consecuencia, pues, del justo aprecio que nos mereceis, os avisamos y aun suplicamos cordialmente que procuréis buscar los oportunos remedios para que no resulte alguna disension entre vosotros y nosotros, y entre la inquisicion de Roma y la de España." Esta carta del Pontífice produjo inmediatamente el deseado efecto, pues el inquisidor general de España, arzobispo de Farsalia, mandó al instante anular el decreto de 28 de Enero y borrar del índice expurgatorio las obras del cardenal Enrique Noris.

21. La analogía de esta carta con las reglas que prescribió Benedicto XIV á los censores y revisores de libros, nos induce á hablar de ellas en este lugar, aunque no se escribieron sino cinco años despues de dicha carta. Están contenidas en la bula que comienza *Sollicita ac provida Romanorum Pontificum*; y todas estas son dignas de la prudencia y sabiduría del gran Lambertini. Primera: „Tengan presente los consultores que no se les ha cometido el encargo de procurar por todos los medios posibles la proscripcion del libro que se sujeta á su exámen, sino de examinarlo con todo cuidado é imparcialidad, y de presentar á la congregacion sus observaciones por las que pueda formar un recto juicio, y decidir

con la magnificencia que corresponde á su santidad, recurrieron al Soberano pidiendo la facultad de construir dentro de Berlin una iglesia grande para su uso. Federico III no solo les permitió fabricar el magnífico templo que deseaban, sino tambien recoger para este fin limosnas en todos sus estados, nombrando gefe de aquella empresa á un religioso carmelita de la congregacion de Mántua. El marqués Belloni, agente en Roma del clero católico de Prusia, imprimió y distribuyó al sagrado colegio una carta suscrita por seis canónigos prusianos, en la que suplicaba al Pontífice el permiso de hacer en Roma y en todo el estado eclesiástico una colecta para la fábrica de dicha iglesia; y Benedicto XIV, movido de su acostumbrado celo por las ventajas de la religion, hizo un discurso patético al sagrado colegio y envió circulares á los obispos escitando á todos á contribuir con larga mano á una obra tan piadosa y necesaria. En fuerza de estas recomendaciones, movidos los cardenales, ofrecieron todos cuantiosas sumas, distinguiéndose entre ellos el cardenal Quirini. Lo propio hicieron muchos obispos y señores, de suerte que en el discurso de pocos meses se remitió á Berlin una suma muy considerable y suficiente para concluir la obra.

23. Mientras que los católicos de Prusia obtenian de su Soberano estas ventajas, los que vivian esparcidos en las diferentes provincias de Persia sufrieron algunos momentos de alarma creyendo que iba á estallar contra ellos una furiosa tempestad. Para formar la debida idea de este acontecimiento, es necesario anticipar alguna noticia del hombre extraordinario que por espacio de

veinte años tuvo suspensa la atencion de cuasi toda el Asia, teatro de sus victorias y conquistas. Thamas Kouli-khan, llamado antes Schah-Nadir, nació en Calot en la provincia de Khorassan, que es de las mas orientales de Persia y está por lo mismo espuesta continuamente á las correrías de los tártaros, de una familia en la que se habia hecho como hereditario el gobierno de una fortaleza fronteriza. Heredero de este gobierno por la muerte de su padre, pero despojado de él por la ambicion de un tio, abandonó su pátria y se alistó en un regimiento de caballería. Dotado de un alma grande, de un espíritu independiente y emprendedor, y de un valor que degeneraba muchas veces en temeridad, logró en pocos años elevarse á los primeros grados de la milicia, en los que se hizo amar de todos ocultando cautelosamente su desmedida ambicion; sin embargo, no tardó ésta en darse á conocer. Habiendo invadido los tártaros en 1720 á Khorassan con un ejército de diez mil hombres, cuando en toda la provincia no se podian reunir mas de cuatro mil caballos y dos mil infantes, se ofreció Nadir á hacer frente al enemigo contra el parecer de todos sus compañeros de armas que daban ya por perdida la provincia. Partió en efecto con su pequeño cuerpo, derrotó completamente en una sola batalla á los tártaros, mató por sus propias manos al general y dejó libre la provincia. Esta victoria, al paso que hizo célebre su nombre en todo el reino, le adquirió muchos émulos que lograron arrebatarle el premio que habia merecido; y él creyéndose desairado, declamó en público contra el gobierno, abandonó el servicio y se puso al frente de una banda

de asesinos, á la que se reunieron luego muchos descontentos. Asoló con esta gente todo el país, se apoderó á viva fuerza de su patria, mató á su tío y cometió otras muchas atrocidades llenando de terror á todo el reino. Habian invadido al mismo tiempo los estados de Persia los turcos y moscovitas, de suerte que el Soberano de aquel vasto reino apenas podia contar con tres solas provincias. Reducido, pues, á este extremo, ofreció el Schah Thamas á Nadir el perdon de todos sus crímenes si queria volver á su servicio, y le dió el mando de todas sus tropas. Entonces fue cuando desplegó este conquistador sus grandes talentos: batió repetidas veces á los enemigos de Persia, aumentó el número de sus egércitos y puso el reino en estado, no solo de resistir á cualquiera otra invasion, sino tambien de recobrar y aun de estender sus antiguos límites. Por premio de una victoria en que mató á los turcos mas de ocho mil hombres, le concedió su Soberano el mas grande honor que puede hacer un Rey de Persia; esto es, le dió su propio nombre, haciéndole llamar en adelante Thamas-Kouli-khan.

Pero nada de esto bastó para satisfacer su ambicion; aspiraba ya mucho tiempo al trono, y creyó que era llegada ya la ocasion de egecutar su proyecto. Sublevó á este fin al egército contra el Soberano; hizo encerrar á Thamas en una prision, y para lograr mejor sus designios sacó del serrallo á un Príncipe todavía niño y le proclamó, siendo el primero en prestarle el juramento de fidelidad. Declaróse al mismo tiempo regente, y emprendió de nuevo la guerra contra los turcos, cuyo resultado fue la conquista de todas las provincias invadidas

y el trono de Persia, para el que le proclamaron voluntariamente todos los grandes del reino. Apoderado ya de la soberanía, el primer acto de su autoridad fue confiscar la mayor parte de los bienes pertenecientes á los ministros de la Religion, que componian una renta anual de mas de cuatrocientos millones de reales. Mandó luego á todos los cristianos de sus estados, así del rito latino como del armenio y del griego, que tradujesen al idioma vulgar de Persia el Pentateuco, el Salterio, la Profecía de Isaías y los cuatro Evangelios. Llenaron de consternacion estos decretos á los misioneros católicos de Ispahan, los que avisaron á la congregacion de Propaganda temiendo nuevas y mas funestas resoluciones. La congregacion, por medio del cardenal de Teucin, encargó á los embajadores de Francia en Levante que procurasen con todo cuidado impedir que el nuevo Schah procediese contra los católicos. Entretanto fueron presentadas las mencionadas traducciones á Kouli-khan, quien despues de haberlas examinado muchas veces y confrontado con el Alcoran, dijo que su intencion era reformar la religion de sus pueblos y darles una mejor que todas las que habia en el mundo. Sin embargo, nada se inmutó por entonces. Se dijo, entre otras cosas, que un europeo renegado disuadió al usurpador de introducir la menor novedad en materia de religion, demostrándole con razones y egemplos cuán peligrosa es á un Príncipe semejante empresa. Como quiera que esto fuese, lo cierto es que Kouli-khan desistió de su intentada reforma; mandó encerrar los sagrados libros juntamente con el Alcoran, y declaró que le convenia atender esclusivamente á

consolidar su trono y á perseguir á todos sus enemigos exteriores é interiores. Cesaron con esto los temores de los católicos y demás cristianos, que veían ya amenazadas sus cabezas de la mas furiosa tempestad dirigida particularmente contra el cristianismo. En efecto; ¡cuántos males no eran de temer de un hombre que se burlaba de toda religion; que no podia sufrir la menor resistencia; que hacia consistir todo su derecho en la fuerza, y que hubiera obligado á abrazar sus imposturas con el terror de su alfange! El siguiente ejemplo lo dará bastante á conocer. Poco despues de haber manifestado su proyecto de reforma se le presentó un monge persa, y con aire de moderacion le dijo que no pertenecia al Príncipe inmiscuirse en asuntos de religion, ni innovar la creencia de sus pueblos. Kouli-khan le escuchó con indiferencia, le dejó sin darle contestacion alguna, pero mandó que fuese inmediatamente hecho pedazos. En vista de esto no podemos decir sino que Dios, en cuya mano está el corazon de los Reyes, reprimió al tirano, y libertó así á aquellos cristianos de una persecucion que hubiera sido tanto mas cruel, quanto mayor fue el poder y orgullo que adquirió Kouli-khan en sus ulteriores conquistas. Porque no contento ya con el trono usurpado, y pareciéndole estrechos los límites de su reino, invadió el imperio del gran Mogol, ocupó sus provincias, destruyó todas sus fuerzas, aprisionó al Emperador, se apoderó de Dehly, dió leyes en esta capital como Soberano, la saqueó y degolló á mas de cien mil de sus habitantes, y regresó finalmente á Persia llevando consigo inmensos tesoros. Apenas llegó á su reino tornó á hacer la guerra á la

Puerta, y conquistó la Armenia mayor y el Diarbekir: acometió despues y subyugó á los tártaros, y estendió su dominio hasta las orillas del Tigris y en las llanuras donde un tiempo se veían Ninive y Babilonia. Pero en medio de tantos triunfos, este nuevo Gengis-Khan fue asesinado con toda su familia por un oficial de su guardia y algunos otros soldados que permanecian adictos al legítimo Soberano.

24. Dos años despues que la divina Providencia libertó á los cristianos de Persia de este azote de la humanidad, salvó á los de Malta de un eminente peligro en que hubieran perecido sin duda todos los caballeros de la orden y una multitud de inocentes. Mustafá, bajá y gobernador de Rodas y de las islas circunvecinas, se habia atraído con su crueldad la aversion de sus pueblos, por lo que, aprehendido en una sublevacion por sus propios criados mientras que de una isla navegaba á otra, fue trasportado en calidad de esclavo á Malta. Tratósele allí con tanta atencion y bondad, que no solo le visitaban los grandes-cruces y demás caballeros de la orden de San Juan, sino que se le permitió recibir y tratar á los esclavos turcos, y aun se le procuró, por medio de la córte de Francia, el perdon y la gracia del Sultan. Mas persuadido él por su malicia de que solo podria granjearse la gracia del Divan con algun hecho ruidoso á favor de la Puerta, concibió el detestable proyecto de sorprender la importante plaza de Malta. Preocupado con esta idea, alejó de sí las visitas de los caballeros afectando ignorar las lenguas europeas y tratando con insufrible orgullo á las personas mas respetables; lo que

le dió mas libertad para tratar con solos los musulma-
nes, á quienes repartia dinero y comestibles, especial-
mente en los dias de sus supersticiosas solemnidades.
Logró además la oportunidad de conocer á fondo á los
capataces de los presidios: ganó la confianza de dos es-
clavos, quienes le instruyeron del gobierno de la órden
y del estado de la plaza: estrechó particular amistad con
el esclavo Imseletti, camarero del gran maestro, y con
el capitán de una galeota, llamado Mhamud, hombre
atrevido y apto para cualquier crimen. El trato con el
esclavo Imseletti le inspiró la idea de asesinar al Príncipe
ó gran Maestro, y habiéndola comunicado al esclavo,
la aprobó éste sin mostrar la menor repugnancia ni hor-
ror. Despues de esto trató el bajá de concertar su plan
tanto en lo interior de la isla como en los países inme-
diatos sujetos á la Puerta: tuvo varias reuniones en las
que instruyó á los cabecillas de cuanto debian hacer
para no errar el golpe: solicitó de las regencias de Ar-
gel, Tunez, Tripoli y Susa algunos socorros de gente
armada, designando el tiempo, el lugar y las contrase-
ñas para verificar el desembarco: dió cuenta tambien al
gran visir y al Divan, representando como muy fácil la
sorpresa de Malta, para la que pedia solamente que se
arrimasen á la isla veinticinco buques: por último, se-
ñaló el dia 29 de Junio para la egecucion de su plan, que
debía principiar por el asesinato del gran maestro á la
hora en que, concluida la solemnidad de los santos Após-
toles y el convite que aquel dia acostumbraba á dar el
Príncipe, quedaria el palacio con poca gente. En es-
te intermedio recibió Mustafa la noticia de su absoluta

libertad que habia pedido al gran maestro el Rey de Fran-
cia, y juntamente la seguridad de volver á Constantinopla
sin recelo alguno. No obstante, no quiso abandonar su
infame proyecto, y aseguró á los capataces que no los
abandonaria aunque le fuese preciso morir con ellos.
Todo, pues, estaba combinado de modo que hubiera
sido inevitable el golpe, á no haberse descubierto la con-
juracion por uno de aquellos medios que nosotros lla-
mamos puramente casuales, pero que ordena la divina
Providencia para proteger y libertar á su pueblo.

El gobierno habia desterrado de la isla por faltas par-
ticulares á un soldado que era del número de los conju-
rados, en cuyo lugar sustituyeron éstos otro soldado
armenio de nacion. Por motivo de la estrecha amistad
que profesaba el armenio á un hebreo recién convertido,
creyó que nada debía ocultar á su amigo, y le manifestó
en secreto la trama urdida de que él mismo formaba
parte. Mas el nuevo cristiano, horrorizado al oír seme-
jante relacion, supo persuadir de tal modo al armenio
el deber que le imponia la fidelidad y sus juramentos,
que le obligó á acompañarle á palacio para avisar de todo
al gran maestro. En efecto, manifestaron al Príncipe el
peligro que amenazaba á su cabeza, declarándole lo que
ellos sabian, esto es, que su camarero y algunos otros
esclavos habian resuelto asesinarle á él y á los caballeros
de la órden y apoderarse de la ciudad. Al oír esta noti-
cia, tomó inmediatamente el gobierno sus providencias;
prendió á los acusados, que declararon á fuerza de tor-
mentos una parte de la execrable conjuracion; y aprehen-
diendo seguidamente y examinando á los que resultaban

que el libro sea condenado, corregido ó impreso libremente." Segunda: „Aunque se haya procurado hasta de ahora, y aunque se procurará indudablemente en todo tiempo que no sean admitidos en dicha congregacion como consultores sino aquellos que con un estudio largo y profundo han adquirido la ciencia de las materias contenidas en el libro que á cada uno respectivamente se encarga examinar; sin embargo, si por alguna equivocacion involuntaria se cometiese á alguno el exámen de materias ajenas de sus propios estudios, tenga entendido que será reo delante de Dios y de los hombres si no avisa cuanto antes á la congregacion ó á su secretario, declarando no ser apto para dicho exámen, y pidiendo que se le sustituya otro mas idóneo."

Tercera: „Tratándose de opiniones varias y de sentimientos diversos en los diferentes libros, deben tener presente los consultores que están obligados á juzgar con espíritu libre y ageno de todo perjuicio: depongan, pues, todo afecto de nacion, de familia, de escuela, de instituto; sean imparciales, propónganse únicamente los dogmas de la santa Iglesia y la doctrina comun de los católicos, contenida en los decretos de los concilios generales, en las constituciones apostólicas y en el consentimiento de los padres y doctores ortodoxos; y no olviden que hay muchas opiniones que parecen ciertas y evidentes á una escuela, nacion ó instituto, las que sin daño alguno de la religion son impugnadas por otros católicos que defienden las opiniones opuestas, permitiéndolo la santa Sede que deja cada una de estas opiniones en su respectivo grado de probabilidad."

Cuarta: „Aconsejamos á los mencionados revisores que reflexionen prudentemente que no se puede formar recto juicio del verdadero sentido de un autor si no se lee su obra en todas sus partes, y no se confrontan unas con otras las materias esparcidas en todo el libro; que observen atentamente, en primer lugar, cuál sea el designio del autor, pues no debe juzgarse de toda la obra por una ó dos proposiciones sueltas ó que no tienen conexion con el todo. Sucede frecuentemente que lo que el autor dice de paso ó sin la necesaria claridad en una parte de la obra, lo explica en otra copiosa y distintamente, de modo que el aire de oscuridad que presentaba primero un aspecto sospechoso, desaparece despues, y la proposicion se muestra con toda su verdad é inocencia."

Quinta: „Si en un autor notoriamente católico y de buena forma en materia de religion y doctrina se notase alguna proposicion ambigua, pide la equidad que explicando sus palabras benignamente en cuanto sea posible se tomen en buen sentido." Estas cinco reglas queria Benedicto XIV que tuviesen siempre presentes los consultores y revisores de libros, seguro de que regulando por ellas tan grave y trascendental juicio, podrian tranquilizar sus conciencias, no perjudicar á la fama de los autores y concurrir á la utilidad de los fieles y al bien de la Iglesia.

22. Los católicos residentes en la capital de Prusia no poseian en aquella ciudad mas que una pequeña capilla que no bastaba de mucho para las funciones solemnes. Ansiosos, pues, de celebrar nuestros santos misterios